

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

LA CONFERENCIA «CUMBRE» EN ARGEL

La incapacidad de los países del mundo árabe para constituir un frente unido es axioma muy traído y llevado por los comentaristas y observadores de la política internacional, casi siempre formulado en tono más o menos conmisericordioso, cuando no de pitorreo. Ciertamente que la singular capacidad de los países europeos para convertir en realidad el viejo proyecto de construir una dinámica y operante Europa unida justifica que se arroguen el derecho de compadecerse o pitorrearse. Sin embargo, pese a que algún instrumento desafinara un tanto o a que algún otro no tocara la partitura que parecía corresponderle con motivo de la guerra del Kippur, la orquesta árabe tocó con cohesión. Se había afirmado que no la alcanzaría nunca. Tocó en el ámbito bélico y en el de una estrategia indirecta jamás conocida hasta ahora: la utilización del arma del petróleo. Entre los muchos inventos de la imaginación humana para perjudicar al prójimo, ninguno ha tenido tanta relevancia en lo económico ni ha originado tan graves consecuencias como ese sencillo ir cerrando grifos.

Si la firme decisión y los esfuerzos de los dos supergrandes pusieron coto —por la cuenta que les traía— al fragor de las batallas entre árabes e israelíes, nada han intentado hasta el presente para entorpecer la marcha de crecientes restricciones o cortes en seco del petróleo. La medida no afecta de modo intolerable e inmediato el interés nacional de los Estados Unidos. Por lo menos, tal se proclama. En cuanto a la URSS, se autoabastece y además no se ve privada de petróleo árabe. Se necesitan dos manos para aplaudir. No hay aplauso cuando una no tiene empeño en hacerlo y la otra no quiere hacerlo. Es decir, que de los dos aspectos fundamentales de la cuarta guerra árabe-israelí, el bélico y el petrolífero, sólo el primero captó realmente la

atención de los respectivos protectores de los dos bandos en razón de sus peligrosas derivaciones. De ahí los desvelos, maniobras y trabajos de norteamericanos y soviéticos para lograr un alto el fuego que permitiera un diálogo tendente a la paz. En cambio, los planes de estrategia indirecta no se han visto entorpecidos en su desarrollo.

Fase importante de esos planes ha sido la «cumbre» de Argel, que comenzó el 24 de noviembre con una reunión preparatoria de los ministros de Asuntos Exteriores de dieciséis países árabes, figurando entre las delegaciones asistentes una de la Organización de Liberación Palestina y un observador de Mauritania. En cambio, Libia e Iraq se negaron en redondo a asistir a la que calificaron de «Conferencia de la rendición». Habida cuenta de que no bien sonó el primer disparo en el canal de Suez, Libia dejó de instar al mundo árabe a la lucha contra Israel y de que Iraq se opuso tenazmente al alto el fuego, finalmente aceptado por la destrozada Siria, no eran de sorprender sus ausencias en Argel. En cuanto a Hussein de Jordania, ha tirado por el camino de en medio. No ha asistido personalmente a la Conferencia, pero se ha hecho representar. Así ha soslayado el enfrentamiento con la delegación palestina—que no olvida septiembre de 1970—, a un tiempo que se eludía aclarar quién o qué representaba a Palestina en esa «cumbre».

Ausencias o reticentes presencias no han alterado el planteamiento básico de los problemas a tratar: la actitud a adoptar frente al alto el fuego del 22 de octubre y la consiguiente Conferencia de paz, la cuestión de los palestinos y la utilización del petróleo como arma política. Las reuniones se celebraron a puertas cerradas. Luego no cabe afirmar o negar que estos temas han sido todos ellos objeto de la misma atención. En realidad, discutir un alto el fuego cuando está en vigor—por lo menos, teóricamente—o cubiletear en torno a una conferencia de paz que no se sabía con certeza si había de celebrarse, no tenía gran utilidad práctica en el marco del enfrentamiento del mundo árabe e Israel ni con vistas a la posición a adoptar en el futuro. No obstante, en la Conferencia de Argel fue preciso abordar estos aspectos del problema, en los que se registran divergencias entre Siria—reacia a avenirse al alto el fuego y más aún a estar presente en la Conferencia de paz—y Egipto. En este orden de ideas, es significativa la flexibilidad de El Cairo, que ha reanudado sus relaciones con Washington y confía a norteamericanos la construcción del oleoducto que por territorio egipcio llevará al Mediterráneo petróleo procedente del golfo Pérsico o Árabe. Son deci-

siones que, aparte de alejar a Egipto del panarabismo de Nasser, la distancian de la seca firmeza de Siria frente a su vecino israelí y sus valedores, y no digamos del radicalismo de Libia e Iraq. Pero los patrocinadores de la Conferencia de Argel, que son Egipto y Siria, han tenido que salir en busca de alguna fórmula de entendimiento. La han hallado; de dar crédito a la afirmación del secretario general de la Liga Árabe, Mahmud Riad, que mencionó lo «fraternal y constructivo» de los trabajos. En suma, Egipto y Siria no se han recreado en sus divergencias para evitar desacuerdos de fondo. Con similar prudencia se ha debido de abordar la cuestión de los palestinos, que afecta ciertamente a Israel, pero también a Jordania. El principio del respeto de sus derechos se ha admitido sin excepción. No cabía otra postura, dado que tales derechos, atropellados por Israel, son causa y origen del largo enfrentamiento árabe-israelí.

En realidad, fue el tema del petróleo el que dominó ampliamente la «cumbre», logrando una unanimidad que abarca desde la revolucionaria Argelia a la conservadora Arabia Saudita. Esta era la verdadera médula de la Conferencia de Argel. Lo demás, puro hueso que no había empeño en roer. Ello podía vaticinarse después del duro discurso de apertura que el 26 de noviembre pronunció el presidente argelino Huari Bumedian. En él también llevó a Europa al banquillo de los acusados, lo que desenfoca un tanto la cuestión por cuanto en la actualidad nadie ha dado vela a Europa en el deseado entierro del conflicto árabe-israelí. La llamada Europa no tiene otra posible acción que gemir en Washington, donde sus gemidos siempre resultarán acallados por el griterío de judíos norteamericanos e israelíes. Es extremo que no ha contemplado la oratoria de Huari Bumedian, que, sea dicho de paso, confunde la CEE con Europa y olvidó que hay algún país europeo que ha sido siempre fiel amigo de los árabes, como España, y otros que se han convertido a esa fidelidad, como Francia y Gran Bretaña.

El texto relativo a la resolución adoptada en Argel sobre el petróleo, por ser obra de profesionales de la diplomacia, recoge unos matices que se le pasaron por alto a Huari Bumedian. Es más: la resolución deja a los «países neutrales» la posibilidad de redimirse y acceder a la categoría de «naciones amigas». Sin embargo, la condición expresa de no reexportar «petróleo de una nación a otro país hostil» tiene a un tiempo que una carga económica otra política, por poner a la Europa comunitaria en la disyuntiva de una castigada solidaridad cuando uno de sus miembros padece una grave crisis energética o de que los países que gozan de un trato de favor —Francia

y Gran Bretaña—se encierran en la defensa de su interés nacional. Es lo que pretendía superar el Tratado de Roma. Sin éxito hasta ahora. La crisis del petróleo puede ser una nueva prueba de ese fracaso, por poco que el Comité de Ministros de Petróleos y Asuntos Exteriores, creado en la Conferencia de Argel se cuide de cumplir las obligaciones que le han señalado.

LAS CONVERSACIONES POMPIDOU-BRANDT DE PARÍS

Para que no quedara duda alguna respecto a su oposición a la Conferencia «cumbre» de Argel, el presidente Gadhafi puso mar y tierra por medio y se trasladó a Europa. Procedente de Belgrado, el 23 de noviembre llegó a París en visita privada, que, por arte de birlibirloque, mejor dicho, por arte del petróleo, el Gobierno francés convirtió rápidamente en oficial. El presidente del Consejo de Ministros acudió al aeropuerto para recibirlo, y el presidente Pompidou le concedió una audiencia el día siguiente. La entrevista se centró en un toma y daca muy lógico: petróleo sin restricciones a cambio de material bélico. Es probable que la propuesta libia no haya caído en saco roto. Pero la transacción acaso no sea inmediata y se demore en espera de menos desfavorables circunstancias internacionales. En todo caso, Francia tomará medidas precautorias para no alborotar el cotarro que se afana, dice, por establecer la paz en el Cercano Oriente, área geográfica a la que no pertenece Libia, que, por si fuera poco, no tomó parte en la cuarta guerra árabe-israelí. El escándalo que provocó en su día la venta de aviones «Mirage» a Libia aconseja a París no irritar a los celosos defensores de la paz, a base de no facilitar armas a los árabes, aunque no rechisten y hasta aplaudan el ininterrumpido envío a Israel de modernos pertrechos bélicos a precio de saldo o en concepto de regalo. Por lo demás, en la cuestión del petróleo, Francia se ve entre la espada de sus propias necesidades energéticas y la pared de su pertenencia a la Comunidad europea, que, en su mayoría, está pasando la pena negra petrolífera.

Si acaso el presidente Pompidou lo hubiera olvidado, vino a recordárselo el canciller Brandt, que, pisándole los talones al presidente del Consejo de la Revolución libia, ha llegado a París el 26 de noviembre, acompañado del vicescanciller y ministro de Asuntos Exteriores, Walter Scheel, y de los ministros de Hacienda y de Economía. Tres semanas antes de la Conferencia de Copenhague, que persigue el ambicioso objetivo de extender la partida

de nacimiento de esa «no persona» que es la llamada Europa, el diálogo de París entre franceses y alemanes no ha permitido armonizar pareceres contrastados, sino comprobar posturas divergentes. El problema del petróleo, tema fundamental de las conversaciones, ha evidenciado la contradicción entre preocupaciones de interés nacional, que Francia no pierde de vista, aunque le haga guiños a la unidad europea, y la puesta en marcha de una Comunidad constituida unitaria y solidariamente por la que aboga la República Federal. Como quiera que la tan manida Europa unida sólo puede construirse a base de solidaridad, o sea, todos a una, a las duras y a las maduras, se impone que el canciller Brandt ha puesto al presidente Pompidou en el aprieto de optar entre una Comunidad que opere en orden disperso y otra que constituya un frente común.

En los respectivos brindis pronunciados después de la cena de gala en el Elíseo, quedaron tan claras las divergencias de fondo entre París y Bonn, que amplios párrafos de los discursos fueron recogidos por la prensa. Así, mientras Willy Brandt decía: «Ninguno de nosotros tiene derecho a dejar a otro a solas con sus preocupaciones», o sea, que todo debilitamiento de un miembro de la Comunidad afecta a toda la Comunidad, el presidente Pompidou se parapetaba en declaraciones de orden general y evocaba la «identidad europea», pero cargando el acento sobre la «identidad nacional». Es decir, que no excluía ni mucho menos la posibilidad de relaciones bilaterales, extremo éste que siempre ha sustentado Francia y es una singular interpretación de las metas a que apunta el Tratado de Roma, algo así como la de un candidato al matrimonio que propugnara la conveniencia de vivir solo. Bien es verdad que las divergencias puestas de manifiesto entre Francia y la República Federal en las últimas conversaciones, tanto como reflejo de distintos conceptos o filosofías de Europa—que no son de ahora—, aparecen como una consecuencia de circunstancias diferentes. Por ser «país amigo» de los árabes, los apuros petrolíferos de Francia resultan limitados y casi únicamente derivados del coste creciente del crudo. No es el caso de la República Federal, singularmente afectada en sus suministros procedentes de la refinería de Rotterdam, casi paralizada por la carencia total de petróleo árabe que padece Holanda. Incuestionablemente, situaciones tan contrapuestas entre países de una misma Comunidad no se hubieran producido de existir una política exterior común para todos los miembros de la CEE. Todos hubieran sido amigos o no amigos de los árabes, según hubiera sido la política seguida por la CEE. Pero pretender que un país renuncie a las

ventajas que le ha proporcionado la insolidaridad comunitaria, ello en nombre de una solidaridad cuyo inmediato resultado sería que todos pasarán por el mismo rasero de penuria, no es siquiera un gesto romántico, es absurdo. Por consiguiente, de un forcejeo en torno al petróleo, cuya carencia ya incide en la economía y la moneda alemana, no podía esperarse que saliera la maqueta de la Europa, de la que se tratará en Copenhague.

Tampoco corrieron mejor suerte los demás temas abordados y sobre los que en París había de tomarse una decisión. Uno de ellos era la defensa europea. De entrada se partía de la divergencia fundamental de que Francia se retiró hace años de la OTAN y no abriga la menor intención de volver al redil, singularmente de llevarse a cabo su reforma conforme al plan apuntado en abril de 1973 por Henry Kissinger. En cambio, la República Federal, que sigue siendo un puntal de la OTAN, no ha puesto grandes reparos a ese plan. De ahí que las conversaciones franco-alemanas no se iniciaran en un clima de entendimiento básico en lo que respecta a la defensa europea. Por si fuera poco, días antes, en la reunión de la Unión de la Europa occidental, el señor Jobert, ministro de Asuntos Exteriores, había expresado sin ambages la preferencia de Francia porque la cuestión de la defensa continental se tratara entre europeos y en el marco de ese organismo, que desde la firma del Tratado del Atlántico Norte está aletargado, pero no ha desaparecido. Tal Unión occidental, comprensiva de Francia, Bélgica, Luxemburgo, Países Bajos y Gran Bretaña, había salido del Tratado de Bruselas de 1948. Pese a su muy limitada capacidad militar, la Unión occidental fue el cimiento sobre el que se edificó la OTAN. Funcionó, pues, durante un año y la prepotencia franco-británica en ese organismo fue incuestionable. Por ser actualmente Francia y Gran Bretaña los únicos países de Europa dotados de armas atómicas, de revitalizarse la Unión occidental, aquella prepotencia volvería a darse. Ello explica en parte el interés de Francia por la adormilada y en el presente inoperante Unión occidental. En cambio, el ministro de la Defensa de la República Federal, país que no formó parte de una Unión occidental que más bien apuntaba a defenderse de su eventual resurgir, ha estimado que los europeos agrupados habían de esforzarse por ser un factor europeo en el seno de la OTAN. El diálogo de sordos no podía desembocar en acuerdos bilaterales que permitan otear un planteamiento claro de la defensa de Europa.

En cuanto franceses y alemanes se aventuraron por el resbaladizo terreno de las relaciones entre la CEE y los Estados Unidos, cuestión ésta que la

crisis económica en ciernes no puede por menos que hacer más delicada; la pretensión alemana de que tales relaciones se institucionalizaran tropezó con la negativa de Francia, uno de cuyos empeños—no coronado por el éxito—es de que la CEE suelte las amarras económicas que la unen a los Estados Unidos.

Finalmente, mientras que para la República Federal Alemana la distensión Este-Oeste aparece como factor definitivo de la política occidental, Francia no las tiene todas consigo. Baste recordar a este respecto sus reservas, reticencias y vacilaciones en Helsinki.

Todo ello lleva a la evidente conclusión de que el entendimiento entre París y Bonn fue tan perfecto en tiempos del general De Gaulle y el canciller Adenauer, que pudo decirse que el binomio Francia-República Federal era la piedra angular de la futura Europa. Pero la tal piedra, es evidente, ha sufrido la erosión del tiempo. Ello no impide que seguirán los juegos florales en torno al proyecto de Europa.

LA «CUMBRE» EUROPEA DE COPENHAGUE

De ser cierto que «a la tercera va la vencida», sólo faltaría una Conferencia «cumbre» de jefes de Estado o de Gobierno de la Comunidad europea para que los Nueve atracasen en el puerto de la unidad. Los logros registrados en la Conferencia celebrada en Copenhague del 14 al 16 de diciembre no avalan el optimismo extrañado en el dicho popular alentador de la perseverancia. Es más: abocados los Nueve a adoptar de consuno medidas concretas, presionados por circunstancias concretas, cuales la crisis del petróleo, la inflación y la defensa continental, la meta de la unidad y su inseparable apoyatura, la construcción de la llamada Europa, aparece tan remota como después de la Conferencia «cumbre» de París.

Tal vez el método adoptado para conseguir en serio que se tomaran decisiones comunitarias, como si se tratara de un solo país; ello en materia de política económica, monetaria y social, así como de política exterior y seguridad, método consistente en definir previamente la «identidad europea», no fuera desacertado en principio y en un momento internacional menos complejo y candente que el actual. Dado el contexto de esa Conferencia, propuesta por el presidente Pompidou antes del conflicto árabe-israelí de octubre de 1973, se evidenció más propio para plantear problemas que para resolverlos. Por lo pronto, hecha pública la definición de la «identidad europea» el día

de la inauguración de la Conferencia, provocó la protesta de la Comisión europea, por estimar que ese escrito soslayaba las cuestiones capitales que afectan a la Comunidad y no arbitra los procedimientos que la lleven a la unidad política, que, en su criterio, ha de asentarse en la supranacionalidad, cuya expresión fundamental es un Parlamento europeo mediante elecciones a escala comunitaria.

No sorprende este esquivar la supranacionalidad en un texto preparado por Francia. Su postura a este respecto sigue siendo fiel a los postulados del general De Gaulle, como es fiel a su política de que Europa se distancie de los Estados Unidos, salvo en lo que atañe a la defensa del continente. De ahí que, en definitiva, la «identidad europea» se redujera a una exposición de la filosofía francesa de Europa, que, una vez más, ha tropezado con las reservas del Benelux, reforzado por Dinamarca, que cuenta con el aliado atlántico para salir del atolladero de una crisis que se cierne sobre Europa. La República Federal, aunque siempre inclinada a su culto de la supranacionalidad, no ha rechazado de plano la fórmula de la «identidad europea», suma de «identidades nacionales», que no desaparecen en el conjunto, sino que se ensamblan armoniosamente, por no ser un verdadero obstáculo en la búsqueda de la unidad comunitaria. Sólo Gran Bretaña ha actuado junto a Francia en un mínimo frente común, confirmación de los diversos frentes que, de momento, constituyen la línea defensiva y ofensiva de la Comunidad en la gran batalla económica y política iniciada con las restricciones de petróleo.

La llegada a Copenhague de los ministros de Asuntos Exteriores de Argelia, Túnez, Sudán y Abu Dhabi impuso realismo y sinceridad a la Conferencia, por cuanto la preocupación predominante de los asistentes era el petróleo y no los rasgos peculiares definatorios de Europa. Su rondar la Conferencia acentuó las iniciales divergencias de posturas y criterios. Ciertamente, a pesar de la bien demostrada impotencia de los Nueve para participar en la solución del problema del Cercano Oriente, volvieron a formular el deseo de que se aplicaran las resoluciones del Consejo de Seguridad. La declaración no satisfizo a los árabes. Con razón: están al cabo de la calle del caso omiso que Israel hace de esas resoluciones, sin incurrir en sanción alguna. Por lo demás, los árabes no fueron convidados de piedra en Copenhague. De puertas afuera del Centro Bella no han escatimado declaraciones, entrevistas y puntualizaciones relativas a la postura de los países productores de

petróleo con relación a Europa. Incluso han asignado amistosamente a la Comunidad un papel rector, que únicamente le correspondería de ser una unidad política a un tiempo que un consorcio económico, no tan bien ajustado que resista sin graves perjuicios los embates de la crisis del petróleo. Pero ¿fueron los árabes a Copenhague en son de guerra o con la mano tendida en busca de amigos? Al hacer de espontáneos en el ruedo europeo, ¿pretendían el decidido apoyo de los Nueve y que éstos influyeran en los Estados Unidos? No se impone una deducción reveladora de sus intenciones. Lo que no deja lugar a dudas es que alteraron el rumbo de la Conferencia, orientándola hacia derroteros no previstos cuando se convocó. Además, su presencia ha sido piedra de toque de la solidaridad de los Nueve y de su capacidad de reacción unánime, mejor dicho, de su incapacidad. Porque, no obstante los muchos cabildeos de los tres grupos, cuando menos, en que se divide la Comunidad, no se ha establecido en Copenhague un plan estratégico común para hacer frente a la ofensiva petrolífera. Todo ha quedado en ponerse de acuerdo más adelante para pergeñar una acción común que permita prescindir del petróleo como fuente de energía preferente. La solución considerada, basada en el uso pacífico del átomo, no destaca por su rapidez. Por si fuera poco, compiten dos sistemas de obtención de uranio enriquecido: el francés y el alemán. Finalmente, más que en el marco de la CEE, el programa se desarrollará en el de la OCDE, por cuanto se extenderá a España y a Suecia.

Ha sido, por tanto, escasa la cosecha recogida en Copenhague. Casi se reduce a la solución a largo plazo de una crisis energética que ya ha traspasado el umbral de la Comunidad y también a la réplica que, animada por Francia, ha dado con la boca chica a Henry Kissinger quien días antes, en conferencia pronunciada en Londres en la Pilgrim Society, aparte de aludir agriamente a «ciertos países que querrían separarse de los Estados Unidos», propuso la creación de un «gran Consejo de la Energía» para que los países consumidores entablaran un diálogo con los países productores. El proyecto rebasaba el que Francia ha propuesto en Copenhague, también de diálogo consumidores-productores, llevado a cabo bilateralmente, por incluir entre los dialogantes no sólo a Japón, sino a los Estados Unidos, estableciéndose así entre éstos y la Comunidad un a modo de relaciones especiales. Cabe comparar esa conferencia con los prolegómenos del Plan Marshall y más aún con los análisis de la situación mundial que hiciera Dean Acheson y que desembocaron en la Alianza Atlántica, que arrinconó a la

Unión occidental. Es decir, que la propuesta de Henry Kissinger puede tener mayor alcance que la mera creación de un grupo de acción norteamericano-europeo-japonés, destinado a afrontar unitariamente la crisis de la energía.

En resumen: de la Conferencia de Copenhague no ha salido el esquema de la llamada Europa unida ni un remedio a corto plazo para los países de la Comunidad que sufren escasez de petróleo, extremos éstos que fue difícil envolver en las lenitivas palabras del comunicado final. Es que a Copenhague no habían ido taumaturgos, sino jefes de Estado o de Gobierno, trabados por políticas e intereses nacionales. Y está claro que trabajo costará que los sacrifiquen en aras de la unidad comunitaria.

LA CONFERENCIA DE GINEBRA Y LAS SUPERPOTENCIAS

Empujando a unos y tirando de otros, Henry Kissinger ha conseguido que el 21 de diciembre se iniciara la Conferencia de paz de Ginebra. Nadie puede dudar de las artes maniobreras del émulo de Metternich. Lo que resulta más cuestionable es si las acompañan dotes estratégicas, o sea, si la pasmosa actividad del secretario de Estado norteamericano, parte visible del *iceberg* de su diplomacia de equívoco sistemático, logrará instaurar una paz estable en el Cercano Oriente. Induce al escepticismo los 50.000 muertos habidos en Vietnam desde los acuerdos de París, que no han cumplido el año. Ahora bien, si lo perseguido en París fue la paz para el cuerpo expedicionario norteamericano, indudablemente la alcanzó. Pero la paz no tiene el mismo nombre contemplada en Washington o en Saigón, donde se llama guerra. Por consiguiente, lo aventurado de vaticinar el resultado de la Conferencia de Ginebra estriba en que no se ve claramente que la preocupación por los países del Cercano Oriente sea la que impulsa a los dos supergrandes a buscar la paz al alimón, aunque los Estados Unidos se hayan afanado por desempeñar el papel de amigable componedor. Lo que sí se puede adelantar es que en Ginebra no se verán fundamentalmente afectados los intereses de los supergrandes en esas áreas. Por ser contradictorios y casi excluyentes, la paz habrá de procurarse por caminos sinuosos y enrevesados que suponen cesiones y concesiones por las partes en litigio, a fin de men- guar las posibilidades de nuevos choques armados, que pondrían a los supergrandes, ilusionados con una coexistencia pacífica ventajosa para ambos, en trance de enfrentamiento, debido a las querellas de sus respectivos protegidos, convertidos en aguafiestas. Si árabes e israelíes acceden a lo que se

les aconseje, pida o exija, tal vez se creen las condiciones de un sentimiento de frustración. Sin llevar a una nueva guerra —por lo menos en lo inmediato—, originaría una situación de huraña no guerra, que no es paz. Por lo pronto, la mesa vacía de Siria en Ginebra y el llamamiento de Damasco a «una movilización general del mundo árabe contra la Conferencia de Ginebra y los proyectos de capitulación ante el enemigo sionista» no abogan a favor de un optimismo que, de ser sincero y provocado por la esperanza de una solución justa, reflejaría singular bobaliconería o éxito de la propaganda.

Fue la propaganda y no la realidad de un acuerdo egipcio-israelí, que ha soslayado los factores esenciales del problema, la que ha presentado como feliz prelude de la Conferencia de Ginebra las negociaciones en el kilómetro 101. Pero Egipto no es todo el mundo árabe. Tal recuerda en primer término Siria. Además, aun antes de dialogar con Israel, Egipto precisó que una cosa es reconocerle fronteras a su vecino y otra reconocerlo como Estado soberano e independiente. Es la postura general del mundo árabe, porque admitir este punto significaría dar respaldo jurídico a la expulsión de los palestinos del suelo patrio. Hay no poca casuística en estos sutiles distinguos reveladores del rechazo del mundo árabe de un Estado que se le impone arbitrariamente injertado en tierras árabes. De no remontarnos a lejanos tiempos bíblicos, no les falta la razón. El hecho de que las negociaciones del kilómetro 101 terminaran como el rosario de la aurora, no parece ser indicio de mayores éxitos en Ginebra, sobre todo si allí se trata de un acuerdo egipcio-israelí y jordano-israelí y no de aplicar un acuerdo previo de los supergrandes, más o menos impuesto a árabes e israelíes. En todo caso, de no ser por la engañosa ilusión de que la puesta en marcha de negociaciones de paz incitaría los países exportadores de petróleo a suavizar sus restricciones, no se justifica el empeño de Kissinger por llevar a Israel a rastras a Ginebra, a sabiendas de que no tomaría decisión alguna con la excusa de las elecciones del 31 de diciembre.

En efecto, el Gobierno de Tel-Aviv está en precario y en posición incómoda frente a su pueblo, desilusionado por la sorpresa de la guerra del Kippur, sangrienta y costosa. De otra parte, la posición de Israel se ha debilitado diplomáticamente, en particular debido a la ruptura de relaciones de los países africanos, proveedores de materias primas básicas para su industria. Ello no ha estorbado a los dirigentes israelíes para hacer decla-

raciones relativas a la postura de su país de cara al futuro, lo que sugiere que cualquiera que sea el partido vencedor en las próximas elecciones, el nuevo gobierno actuará en función de una de las constantes de la política de Israel, que es estimarse en posesión de una patente de corso que lo hace acreedor de un trato de excepción en materia de derecho internacional en lo que respecta a los territorios ocupados en 1967. Hasta en las conquistas territoriales «más vale caer en gracia que ser gracioso», puede decirse recordando los rayos y truenos que salieron de la Sociedad de las Naciones cuando Italia conquistó Abisinia.

Tal era a grandes rasgos la decoración del escenario cuando se alzó el telón para la Conferencia de paz de Ginebra. El secretario general de la ONU abrió el fuego oratorio. Lógicamente, la alocución se ciñó a las Resoluciones emanadas del Consejo de Seguridad, que señalan claramente el rumbo a seguir por las negociaciones y el puerto al que deberían arribar. Las flautas de Henry Kissinger y Andrei Gromyko sonaron en otro tono. Era el del acuerdo norteamericano-soviético para poner término al choque armado. No era el de la partitura onusiana. Es, si se quiere, más pragmático, singularmente de no perder de vista el propósito de los supergrandes de amañar una solución para evitar que se reanude la guerra, lo que perturbaría notablemente su compadrazgo. Como uno de los métodos para evitar choques es distanciar a los presuntos contendientes, el primer problema a solucionar es la separación militar. No se logró en el kilómetro 101. En Ginebra, pues, habrá que discutir cómo se efectuará y cómo será esa prevista separación. Retirada total o limitada de los israelíes—más bien limitada—, la cuestión es que permita la reapertura del canal de Suez. Este es otro punto del acuerdo norteamericano-soviético, el que ha hecho mella en el ánimo del presidente Sadat en busca de remedios para la maltrecha economía egipcia. Pero retirada israelí no equivale a «evacuación de los territorios ocupados», entre ellos todo el Sinaí. De hecho, Israel ha dejado entrever que se avendría a retroceder unos kilómetros más allá de la orilla oriental del canal, si bien, frente a su opinión, finge negarse. A la postre, cederá y la «concesión» tendrá visos de victoria dialéctica de Kissinger. Entonces, nada se opondrá a la reapertura del canal de Suez. Por consiguiente, deben entrar rápidamente en acción los orfebres militares encargados de discutir las modalidades de separación de los dos ejércitos imbricados. No es tarea que se llevará a paso de carga.

Sin embargo, apremia distanciar a los dos ejércitos que, para no perder el entrenamiento, se enzarzan en violaciones del alto el fuego que podrían dar al traste con un remedo de paz que deje a los supergrandes a lo suyo y el canal abierto a la navegación. De lograrse en Ginebra esos objetivos limitados, la cuestión de los restantes territorios ocupados, de los palestinos, de Siria y Jerusalem podrían sufrir una demora, que es tiempo. Siempre cabe esperar que el gran médico tiempo cicatrice las heridas. La larga preocupación de la República Federal por los territorios de la Prusia Oriental y la reunificación, pasados los años, ha desembocado en el Tratado de Varsovia y el Tratado Fundamental con la República Democrática Alemana.

Dados los compromisos de los Estados Unidos con Israel, ¿podría el premio Nobel de la Paz conseguir más positivos resultados? No lo parece. Pero de allí a proclamarlo gran desfacedor de entuertos, media un abismo. Es de prever que la propaganda se cuidará de cegar la opinión mundial para que no lo vea y se le impusiera que, en lugar de paz, hay simplemente no guerra en el Cercano Oriente.

ELECCIONES ISRAELÍES Y ACUERDO COMERCIAL CHINO-JAPONÉS

Las elecciones israelíes del 31 de diciembre fueron el motivo alegado para justificar el compás de espera que, no bien iniciada la conferencia de paz, registró la contradanza que se ejecuta en Ginebra. Todo se desarrolló como, si carentes de valor las Resoluciones del Consejo de Seguridad, el sesgo de las negociaciones y las finalidades que persiguen hubieran de determinarlo exclusivamente los criterios electorales del pueblo de Israel. Para quienes esperaban que esas elecciones despejarían incógnitas y facilitarían la tarea de desembrollar la embrollada madeja de intereses contrapuestos, apoyos y fintas, los resultados—sólo conocidos oficialmente el 8 de enero—han constituido una desilusión. Lo que es más de lamentar es que no representan un factor dinámico susceptible de acelerar la primera fase de las negociaciones, centrada en la separación de los ejércitos. Pero ¿no era un poco ingenuo esperar de la sabiduría del pueblo israelí que con sus votos allanara el camino de la solución justa? Lo que sí ha demostrado ese pueblo es que sus preferencias políticas no modifican el panorama ni en lo interior ni en lo exterior. El que haya perdido seis escaños el partido laborista de Golda Meir (38,8 por 100 de los votos) y haya ganado ocho el ultranacionalista Likud (29,5 por 100), mientras los diversos partidos minoritarios han

registrado ora alguna mengua ora ganancias insignificantes, no altera de modo substancial la relación de fuerzas políticas existentes en Israel. Por lo tanto, después del 31 de diciembre, como por lo pasado, si hay un partido en Israel que goza del apoyo popular mayoritario, es el laborista.

Su victoria electoral, aunque un poco recortada, dista de significar el triunfo de la moderación frente al extremismo del Likud. De hecho, aun en el caso de que el Likud hubiera salido claramente vencedor de las urnas, puede afirmarse sin vacilación que, a la hora de iniciar en serio las negociaciones de paz o no guerra, se habría visto constreñido a rebajar ambiciones territoriales que fueron caballo de batalla de la campaña electoral. Entonces, posiblemente, su postura no hubiese resultado muy alejada de la que cabe atribuir al partido laborista, por cuanto no ha renunciado a esas «fronteras seguras», de las que la Historia no registra un solo ejemplo, pero que en el caso de Israel permiten anexionar territorios ocupados, entre ellos el sector del Sinaí que contiene petróleo. No obstante, aun sin dejar de aludir a las «fronteras seguras» durante la campaña electoral —el 6 de octubre se demostró que las de 1967 no lo eran—, los candidatos del partido laborista han expuesto hábilmente los más variados criterios para salir de la situación actual. Haciendo unos de «halcones» y otros de «palomas», han creado un clima de ambigüedad que permitirá al nuevo Gobierno actuar en función de las circunstancias, sin por ello incumplir promesas hechas al pueblo. Entre tales circunstancias figuran los argumentos apremiantes que podría aducir Washigton, cosa que hasta el presente no ha utilizado. De suerte que no han sido tanto las elecciones israelíes las que han gravitado sobre el desarrollo de las negociaciones de Ginebra, como el tiempo que se toma Washington para considerar la evolución de la situación mundial, singularmente afectada por la crisis petrolífera que perjudica a todos los países, en particular a Japón, al extremo de haberse pasado al campo árabe con armas y bagages.

No para ahí la reconsideración por parte de Tokio de su proyección exterior, casi exclusivamente económica y gravemente deteriorada por la crisis del dólar y su actual recuperación, la inflación y las dificultades energéticas. Esa reconsideración sin dilaciones se traduce en una ofensiva para ampliar y fortalecer el área de expansión e implantación comercial y económica de Japón. Por lo pronto, sincronizando sus movimientos, el ministro de Asuntos Exteriores, Masayoshi Ohira, partió el 4 de enero con

dirección a Pekín, en tanto que el día 7, el primer ministro, Kakuei Tanaka, iniciaba una visita a los diversos países de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEA), comprensivo de Filipinas, Tailandia, Singapur, Malasia e Indonesia.

Al señor Ohira le correspondía dar el toque final a un acuerdo comercial con China, trabajosamente negociado desde que en septiembre de 1972 Pekín y Tokio establecieron relaciones diplomáticas. Tales dilaciones en la firma de un acuerdo comercial a nivel de Gobiernos no supone que las transacciones comerciales entre China y Japón, que representan la cuarta parte del comercio chino, han quedado en suspenso. Se han proseguido con la modalidad de acuerdos officiosos concertados bien por las misiones comerciales de cada país en el otro, bien por grupos japoneses con el Gobierno de Pekín. Pero era preciso llegar a un acuerdo comercial intergubernamental para rizar el rizo de una reconciliación espectacular. Esta no disipó los recelos que suscitan en Pekín dos cuestiones: Taiwan y las relaciones nipo-soviéticas en materia de cooperación en Siberia.

Por supuesto, Japón ha dado por sentado que Taiwan es una provincia china. Pero semejante reconocimiento formulado por Tokio no ha tenido la virtud de convertir en no existentes los grandes intereses japoneses en Taiwan ni hacer olvidar la cuantía de los intercambios comerciales, que equivalen aproximadamente a las transacciones de Japón con China Popular. Son hechos concretos que no incitan al Gobierno japonés ni a las empresas japonesas a iniciar una retirada económica y comercial de Taiwan, por lo menos mientras no se demuestre que es más ventajoso jugar exclusivamente la carta de la República Popular. Tan sensata prudencia, desde un punto de vista japonés, se ha estimado en Pekín procedimiento contra-productivo para la reintegración de la provincia de Taiwan a la efectiva soberanía de China. De otra parte, los esfuerzos soviéticos para que Japón participara en el desarrollo de Siberia, que la URSS no está en condiciones de acometer sin ayuda foránea, ha sido escollo no menguado en las negociaciones comerciales chino-japonesas. El fracaso de las negociaciones de paz soviético-japonesas en el pasado octubre, a cuyo éxito Japón supeditaba su cooperación en Siberia, han dejado expedito el camino de la negociación comercial con Pekín, que se ha afanado por orientar hacia China las inversiones japonesas previstas eventualmente para Siberia.

Los términos singularmente amplios de ese acuerdo comercial chino-ja-

ponés firmado el 6 de enero en Pekín dan a pensar que tiene mayor alcance que el que cabe asignar a un acuerdo de esta índole. Aparte del mutuo tratamiento de «nación más favorecida», el acuerdo incluye capítulos relativos a la cooperación. China y Japón, complementarios y asimétricos, partiendo de un acuerdo comercial favorable para ambos signatarios, ponen los cimientos de una cooperación en la que China puede aportar su riqueza en materias primas—incluido el petróleo— y Japón su capacidad industrial y técnica. A no largo plazo por lo menos, es programa que no estorba un desarrollo económico del Sudeste asiático, cuyas coordenadas ha pretendido trazar el viaje de Kakuei Tanaka.

TUNICIA, LIBIA O ¿REPÚBLICA ARABE ISLÁMICA?

Desde hace tiempo a esta parte, ninguna noticia ha sorprendido tanto a un mundo avezado a sorpresas como la unión de Tunicia y Libia para crear un nuevo Estado «que tendrá una sola bandera, un solo Ejército y una sola Constitución», según pactaron el 12 de enero el presidente Burguiba y el coronel Gadhafi. Tanto como la decisión, sorprendió el acuerdo entre dos dirigentes con personalidades aparentemente antagónicas. Porque, con valor de axioma, se dice que el coronel Gadhafi es todo ímpetu y vehemencia y que su religiosidad es rayana con el fanatismo, mientras que el presidente Burguiba es todo moderación, liberalismo y tolerancia religiosa. A tal perfecta asimetría le falta un término que invalida el conjunto: el coronel Gadhafi tiene treinta y pocos años; el presidente Burguiba tiene setenta. De volver hacia atrás las páginas del libro de la vida del «Combatiente Supremo» y detenerlas en los treinta y pocos años, hallaríamos en el fundador del Neo-Destur no pocos rasgos definitorios de la personalidad del coronel Gadhafi. De otra parte, esa unión no constituye un hecho absolutamente inesperado. Tal unión ya la propuso en diciembre de 1972 el coronel Gadhafi durante su visita oficial a Tunicia. El presidente Burguiba no se negó a considerar el proyecto. Simplemente estimó que era preciso estudiarlo detenidamente y preparar la unión mediante un intercambio de visitas. El caso es que en enero de 1973, el primer ministro tunecino, Hedi Naira, se trasladó a Trípoli para tratar de una unión que geográfica e históricamente no es un dislate.

En efecto, Libia comprende los antiguos territorios litorales de Cirenaica

y Tripolitania, adosados a un vasto desierto. A través de los siglos, Cirenaica estuvo tan pronto unida a Egipto como separada. Otro tanto le sucedió a Tripolitania con relación a Tunicia. Ocupadas ambas en 1911 por Italia, los dos trozos y el desierto constituyeron una unidad, confirmada a raíz de la II Guerra Mundial por decisión de las Naciones Unidas, que convirtieron al país en Estado monárquico independiente que logró su total manumisión en 1952. Libia es, pues, un joven Estado cuyos territorios han pasado por alternativas de unión, partición o anexión a los países vecinos. Y de ahí que, en la actualidad, Libia sea como una cabeza que puede volverse hacia el hombro derecho—Egipto y el Cercano Oriente—o hacia el hombro izquierdo—Tunicia y el norte de Africa—. Es país que puede ser puente y nexo entre el Machriq y el Magrib y al que no le está vedada la opción entre una u otra de las dos alas del mundo árabe.

El primer ministro tunecino, poco entusiasta del proyecto de unión, imprimió ritmo pausado a las negociaciones. No convino tal ritmo al vivo deseo del libio de contar para su política con una base operativa de mayor entidad que la de un país a un tiempo riquísimo y paupérrimo, sólo poblado por dos millones escasos de habitantes, en gran parte analfabetos. Entonces la cabeza libia se volvió hacia Egipto. Inicialmente, el proyecto de unión fue bien acogido. Luego surgieron dificultades que la exigencia de unión de la marcha libia del pasado julio no pudo vencer. El proyecto naufragó sin remisión en el cuarto conflicto árabe-israelí. El fracaso incitó al coronel Gadhafi a pretender de nuevo a Tunicia, a su vez desairada en sus intentos de crear el Magrib unido.

Fue el ministro de Asuntos Exteriores tunecino, Mohammed Masmudi, quien dirigió esta reanudación de las negociaciones. Calificado de pro-occidental convencido, no tuvo empacho en abreviar la fase de esponsales con un país que no profesa admiración por Occidente, cuando menos, pactándose la unión entre los dos vecinos con motivo de una visita no oficial a Tunicia del coronel Gadhafi. Ello explica la ausencia de Hedi Nuira, que se encontró a su regreso apresurado con los hechos consumados y el alboroto de un anunciado referéndum para el 18 de enero, inmediatamente aplazado hasta el 20 de marzo. Pero del mar de fondo en las esferas gubernamentales es exponente la fulminante destitución de Mohammed Masmudi y de otros tres ministros. Al parecer, el destituido ministro de Asuntos

Exteriores había llevado las negociaciones con Libia con insólita premura por su cuenta y razón, y más por cuenta que por razón. ¿Quién sabe, sólo Dios sabe, de qué argumentos se valió el coronel Gadhafi para que las cosas fueran a paso de carga? ¿Y quién sabe, sólo Dios sabe, qué remotos sueños de grandeza, proyección mundial y gloria despertó el ímpetuoso dirigente libio en el ánimo del ya anciano Combatiente Supremo? Cuando declaró que «la unión cambiará el curso de la historia del mundo y dará a los árabes y musulmanes una fuerza gigante», no hablaba el sesudo y setentón jefe de Estado tunecino, sino el joven fundador del Neo-Destur, metido en la quijotesca empresa de la independencia de Tunicia.

No bien se ha hecho Hedi Nuir con el timón, se ha observado un cambio de rumbo. Aparte de destituciones y nombramientos ministeriales, se dio a conocer el aplazamiento del referéndum anunciado para el 18 de enero. Ahora se ha caído en la cuenta de que la Constitución tunecina no prevé esa modalidad de expresión de la voluntad popular. Por tanto, para celebrar el referéndum será preciso que el Parlamento modifique la Constitución. Es dar tiempo al tiempo. Porque si desde un punto de vista geográfico, histórico, económico y hasta humano, sólo ventajas se derivan para Tunicia y Libia de su unión y creación de la República Árabe Islámica, trabajo cuesta imaginar cómo pueden ensamblarse dos países distintos en las costumbres, la mentalidad y el nivel cultural, singularmente cuando uno—Tunicia—tiene una Constitución liberal inspirada en modelos occidentales y concede a las mujeres igualdad de derechos con los hombres, mientras que el otro—Libia—se rige por el Corán, con todas sus consecuencias y limitaciones; cuando en uno el francés es idioma habitualmente usado y el otro se atiene exclusivamente al árabe. A estas dificultades se añade la hosca acogida que el Magrib—en particular Argelia—ha dispensado a la noticia del matrimonio. Por si fuera poco, la unión libio-tunecina incide en el ámbito internacional. Admitida Tunicia a hacer oír su voz—junto con Argelia y Marruecos—en la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea ¿se extenderá la admisión a la República Árabe Islámica, nave en la que el segundo de a bordo será el coronel Gadhafi? De sabios es enmendar errores y sabia medida es enmendar el error de una precipitada unión, dando tiempo al tiempo antes de hacerla efectiva.